



Madrid 7 de Mayo de 1888.

REVISTA SEMANAL

Año I — Núm. 18

Oficinas: Serrano, 88, 2.º

SUMARIO

Crónica de la Moda, por Blanca Valmont.—Explicación de los grabados.—Labores.—*Lavinia*, novela, por Emilia Carén (continuación).—Las silbadoras, por Mario Lara.—Mujeres y flores, por Daniel García.—Ecos de la novela de la vida, por Juan de Madrid.—Preguntas y respuestas, por la Secretaría.—Patrones.—Pasatiempo.—Anuncios.

Crónica de la Moda.

PODRÍA aplicarse á la Moda la comparación de los círculos que sobre el terso y cristalino lago forma la piedrecita que se arroja después de sepultarse en el seno del transparente fanal.

En el punto donde ha caído la piedra, los círculos son más visibles, de más relieve; pero á medida que se van ensanchando, que se alejan, pierden fuerza las líneas, los contornos son vagos y acaba por ser imperceptible el movimiento del agua.

De todos modos, las figuras son círculos.

Pues bien, y para entendernos mejor en este símil, el lago es el imperio de la Moda, ó, en otros términos, el mundo entero; la Moda es la piedrecita, y los círculos sus novedades, tanto más vistosas y brillantes cuanto más cerca se hallan de la causa que las produce, pero que van modificándose, perdiéndose y apagándose al pasar por las diversas fases de la sociedad y por las distintas posiciones.

Aquella ligera ondulación que se dibuja en el final del lago, es parte, por lo menos, de uno de los mil círculos. La Moda llega por este procedimiento hasta las casas más modestas y las aldeas más apartadas.

En una palabra: brillante ó como pálido reflejo, acentuada ó vaga, la Moda impera en todas partes y extiende su influencia hasta las miserables cabañas donde su voz no es más que el último sonido de un eco lejano, pero que se oye y se obedece.

Aquí, en París, es donde cae la piedra, es decir, donde se forman los primeros círculos, los más salientes, los más brillantes; y aun cuando muchas de las noticias que nos vemos obligadas á conseguir las cronistas de la Moda no sean de utilidad, práctica, no hay más remedio que apuntarlas, so pena



NÚM. 1.—1. GUARDAPOLVO PARA V AJE.—2. TRAJE PARA PASEO.—3. EL MISMO TRAJE VISTO POR EL LADO OPUESTO

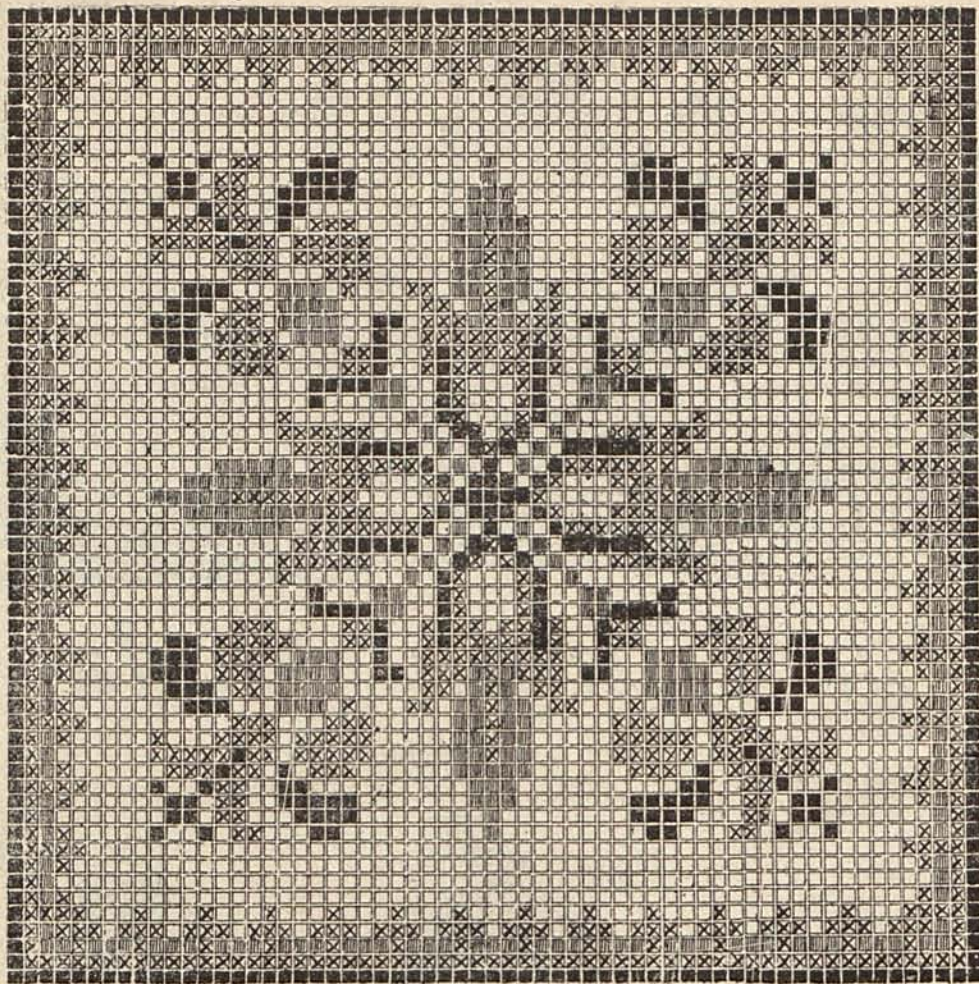
Núm. 6.º del trimestre 2.º de 1888.

de incurrir en omisiones imperdonables.

Porque en todos los círculos hay algo de los primeros; y ¿qué dirían las lectoras si yo, que tengo por deber enterarlas de cuanto pasa en el palacio de la soberana, olvidase detalles que explican muchas cosas y sirven de punto de partida, ó de inspiración cuando menos, á lo que el buen gusto toma, modifica ó aprovecha para lograr que la elegancia se extienda por todas partes, como los rayos del sol, aunque al alejarse del foco vayan perdiendo intensidad?

Toda esta sinfonía me sirve para decir clara y rotundamente á mis lectoras: ¿queréis saber cuál es la nota dominante en estos momentos? Pues he aquí lo que priva en los más inmediatos alrededores de la soberana: muchos trajes blancos, crema, crudo y masilla, oro en todas partes y flores hasta el delirio.

Ya sé yo que esta combinación de productos de los tres reinos de la naturaleza no es práctica más que en París, y para eso, sólo en las fiestas que se multiplican para los afortunados mortales, cuya única preocupación y ocupación es pasar la vida en continuas diversiones; pero en esta comedia humana que se representa sin interrupción hay, como en todas las comedias, actores y espectadores.



■ Bleu foncé. ■ Bleu moyen. ■ Bleu clair. □ Fond.

Azul oscuro. Azul mediano. Azul claro. Fondo.

NÚM. 2.—CUADRO DE TAPICERÍA
DIBUJOS PARA BORDADOS ARTÍSTICOS

Demos gracias á esas artistas que nos ofrecen la comedia del lujo, primero porque nos distraen, y después porque, sin imitarlas, podemos de sus trajes, sus usos y costumbres tomar algo que, sin obligarnos á despilfarrar el dinero, ni á sobresalir demasiado (cosa bastante más perjudicial de lo que parece á primera vista), nos permita aderezar á nuestro gusto, y dentro siempre de nuestros medios, el traje y el adorno que, no para llamar la atención desde el escenario, sino para agradar en el pequeño círculo de nuestras relaciones y sobre todo en el hermoso rincón de nuestro hogar donde palpitan nuestros afectos, debemos saber elegir entre la inmensa variedad de lo que está de moda.

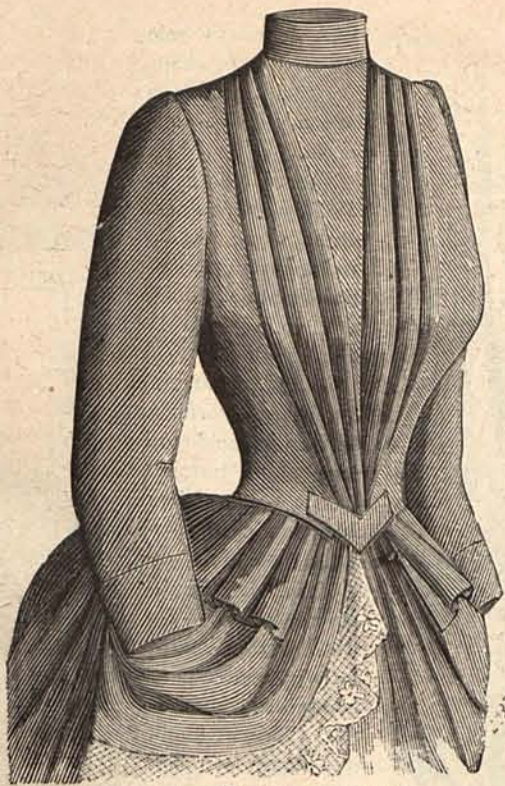
Creo haber indicado que desde que termina la Cuaresma hasta *El Gran Prix*, ó sea la última y más brillante de las carreras de caballos de la primavera, hay en París, respecto de las fiestas, un nuevo invierno, es decir, una nueva serie de diversiones en las que el traje y el adorno, tomando nuevo aspecto, hacen brillantes exhibiciones.

Constituyen el programa, además de las bodas aristocráticas, los conciertos, las Exposiciones, los bailes, los *raouts* y los paseos al Bois, motivos y ocasiones de que las damas elegantes despliegan un lujo mayor aún, si es po-



M. SALVI. Dibujante Reina 25 MADRID

NÚM. 3.—1. Principio de abecedario para marcar pañuelos.—2, 3, 4 y 5. Nombres para marcar pañuelos.—6. Anagrama del nombre Ascensión para marcar pañuelos.—7. Enlace CN para rabillo de camisa.



NÚM. 4.—CUERPO DE LANA

militares que tomaban parte en los juegos ó los presenciaban. Era aquello un doble arco iris, por los colores y por los brillantes de las condecoraciones, y el oro y la plata de los gelines y de las charreteras que por aquí se usan todavía.

He debido decir un triple arco iris, porque en torno del espacioso é improvisado circo había tres ó cuatro filas de señoras sentadas, que lucían trajes, visitas, manteletas y sombreros de primavera, claros, alegres, con fulgores de plata y oro también, con los cambiantes luminosos del moaré, con las flores y cintas de los sombreros y con los brillantes, rubíes, esmeraldas y zafiros,

que hallaban nido entre las gasas con que muchas adornaban su pecho, su garganta ó su cabeza.

Era una verdadera orgía de colores, pero de los colores nuevos, de los de última novedad, que ya tienen sus nombres y deben conocer las lectoras, á saber: *nieve de los Alpes*, que es un azul pálido con un ligero tinte blanco y rosa; *ciclo de la mañana*, que es un azul gris con matiz sonrosado; *amor vivo*, que es un color de rosa con destellos de oro;



NÚM. 8.—MANGA

fuego del infierno, amarillo rojizo con reflejos negros; *colibrí*, verde con fulgores de púrpura; *ópalo* blanco irisado de verde y rosa; *palma de Oriente*, gris plata lila y verde mar. Por último; el *Triánón*, que es el antiguo color pechuga de pichón, gris y fuego.

Estos colores cambiantes, que se aplican á las sedas glaseadas, constituyen la suprema elegancia, y en la fiesta de que hablo, hicieron su solemne y ostentosa aparición.

Supongo que mis muy queridas lectoras no llevarán á mal que les haya enterado de la nomenclatura de los novísimos colores.

Cualquiera que sea su modo de juzgarlos—y presumo que muchas suponen ya cómo los juzgo,—mi deber era informarlas, para evitar las cómicas y á veces dramáticas escenas á que se expondrían si al entrar en una tienda de novedades se vieran obligadas á entablar diálogos como éste, por ejemplo:

—¿Qué desea usted, señora? preguntaría el so-

sible, que el que desplagan en las suntuosas veladas del invierno.

Recientemente se ha verificado un gran *carrousel* ó torneo militar para reunir fondos con que atender á los heridos cuando llegue el momento triste de una guerra. Ya ven mis lectoras que, en medio de este deil-

rio, hay previsión. La fiesta se verificó en el Palacio de la Industria. Bajo la vasta cúpula del grandioso edificio, á través de cuyos cristales penetraban los rayos de un sol espléndido, ofrecían un animado y vistoso cuadro los diversos, y todos relucientes, uniformes de los



N.º 5.—TRAJE PARA NIÑA

—No es eso... aludo...
—Muéstreme usted la tela, y déjese de preguntas que no son del caso.
—¿Si prefiriera usted el *fuego del infierno*?
—¿Qué dice usted?... ¿Está usted en su juicio?
—¡Es precioso! pero como

lícito mancebo.

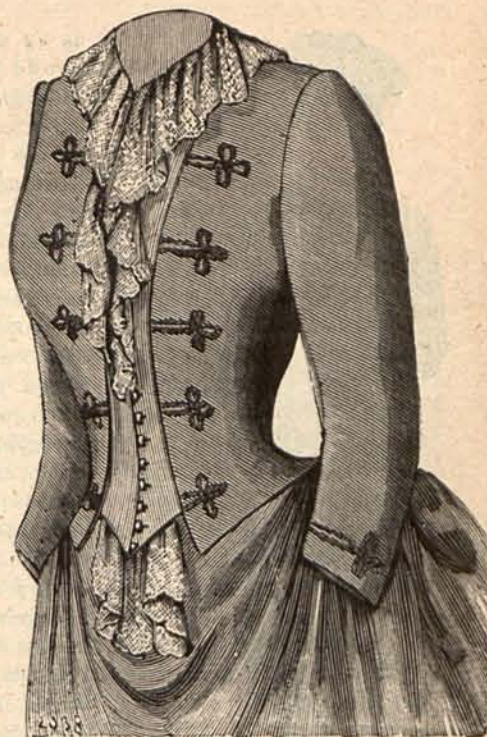
—Telas de novedad.

—¡Ah! Tenemos un surtido precioso.

—Pues haga usted el favor de enseñarme...

—¿A usted la gustará el *ciclo de la mañana*?

—¡Vaya una pregunta! Y el de la tarde y el de la noche. El cielo me gusta siempre.



NÚM. 6.—CUERPO Merveilleux.

usted es morena, querrá mejor un *amor vivo*, y, según creo, le sentaría mejor.

—¡Caballero... esa insolencia!

—No es insolencia, es un color.

—¡Demasiado subido!

—Veo que lo que á usted más le conviene es *nieve de los Alpes*.

—¿Pero... se ha vuelto usted loco?

—O el *colibrí*... ó la *palma*...

—¡Vaya, vaya! Que usted lo pase bien. ¡Lástima de joven! Ha perdido la cabeza.

Esto diría cualquiera compradora inadvertida que entrase en una tienda de novedades, al oír al dependiente expresarse en la forma que acabamos de ver.

Y ahora, para terminar, añadiré que sigue dando asunto á figuras de cotillón la popularidad del general Boulanger.

Ya no sólo se le canta; también se le baila.

La nueva figura se llama *La Boulangère*, que quiere decir, ya lo saben muchas de mis lectoras, *La Panadera*.

Las señoras colocan en su cabeza una cofia rizada, con cintas de colores semejantes á las que usan las panaderas. Sobre los trajes de tul, crespón y piel de seda, ¡esta cofia hace un efecto!

Los caballeros adornan su cabeza, para esta figura, con un tricorno de general.

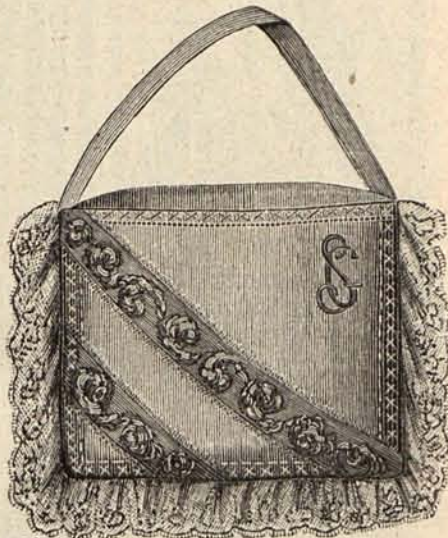
¡Hasta nuestras desdichas nos sirven para divertirnos!

¡No; en este caso no somos dignos de envidia!

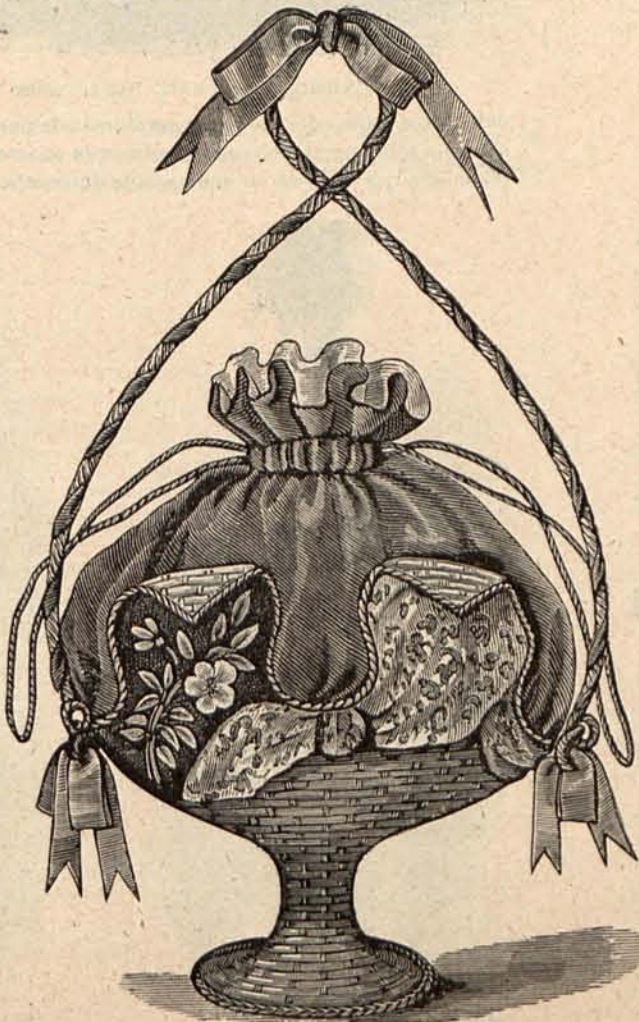
BLANCA VALMONT

EXPLICACION DE LOS GRABADOS

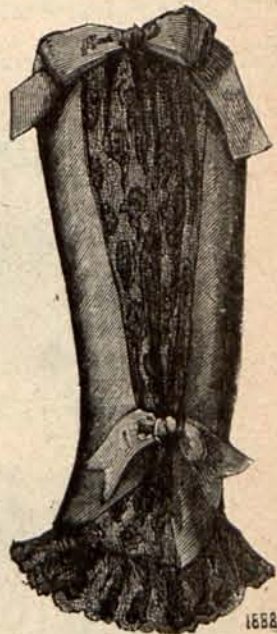
Núm. 1. **Guardapolvo para viaje.**—1.º La parte de la falda es lisa por delante y fruncida por detrás. Una triple esclavina forma la manga. Cuello vuelto de terciopelo. Sombrero redondo de paja, con el ala forrada de encaje plegado. Lazos de cinta mezclados con un ramo de flores y un abullona-



NÚM. 7.—SACO EN FORMA DE CABA



NÚM. 10.—CESTILLA PARA LA LABOR



NÚM. 9.—MANGA



NÚM. 11.—TRAJE PARA NIÑO

do de encaje adornando la copa.—
2.º **Traje de paseo.**—Color verde oscuro. Cuerpo largo de encaje plegado del mismo color, sobre el que se coloca un segundo cuerpo de lana muy corto y cortado en almenas. Mangas lisas con adornos de encaje. Falda plegada todo alrededor. Recogido muy drapado, abierto en el lado izquierdo, que está adornado con un gran lazo de cinta muy ancha. Tela necesaria: 11 metros de lana doble ancho. Pequeña capota sin bridas, levantada por delante, adornada con un penacho de plumas de avestruz.

Números 2, 3, 7 y 10. (Véase *Labores*.)

Núm. 4. **Cuerpo**

de lana.—Delanteros plegados, sujetos en la cintura con un pequeño cinturón ruso. Volante plegado rodeando el cuerpo. Mangas lisas.

Núm. 5. **Traje para niña.**—Falda corta formada por volantes plegados. Chaqueta muy larga, con aldetas y solapas, abierta por delante sobre un abullonado de *surah*, sobre el que se coloca un pequeño canesú formando pico. Mangas lisas.

Núm. 6. **Cuerpo «Merveilleux».**—Es muy corto; los



NÚM. 16.—CUERPO FANTASÍA



NÚM. 12.—TRAJE PARA PASEO

delanteros están adornados con sardinetas de pasamanería y abiertos sobre un chaleco abotonado de la misma tela. Cuello vuelto que termina en una cascada de encaje. Un plega-



NÚM. 17.—TRAJE PARA NIÑA (espalda.)



NÚM. 18.—TRAJE PARA NIÑA



NÚM. 13.—VISTA DE PRIMAVERA

dito de encaje sale de debajo del chaleco. Mangas lisas con adornos de pasamanería.

Núm. 8. **Manga.** De faya, con un acuchillado de encaje rodeado de galón de pasamanería. Volante de encaje en la parte baja.

Núm. 9. **Manga.** De seda, adornada con un fruncido de encaje que termina en un volante. Dos lazos de cinta sujetan el fruncido.

Núm. 11. **Traje para niño.**—De paño ligero. Chaqueta larga con solapas adornadas con botones. Chaleco de piqué blanco con cinturón de cuero abrochado por medio de una hebilla. Pantalón corto. Gorra de paño.

Núm. 12. **Traje para paseo.**—Cuerpo Luis XIII, adornado con pasamanería perlada, abierto sobre una camiseta fruncida, sujeta en el centro con un lazo de terciopelo. Falda lisa con una ancha tira de terciopelo en el borde. Larga drapería plegada y recogida en el costado izquierdo, para dejar ver dos caídas de terciopelo adornadas con pasamanería. Un galón de pasamanería perlada rodea la drapería y la tira de terciopelo de la falda. Tela necesaria: 11 metros de lana doble ancho, y 3 de terciopelo. Sombrero redondo de paja, adornado con cocas de cinta.



NÚM. 19.—TRAJE PARA NIÑA

Núm. 13. **Vista de primavera.**—El cuerpo es de terciopelo color tostado, bordado de perlas color bronce y plomo. Las mangas son de tistú de gasa perlada. Capota de gasa color pasa tostado, adornada con plumas y un pájaro fantasía.

Núm. 14. **Traje para recepción.**—De lana lisa y rayada. Larga polonesa que cae en pliegues rectos por detrás, y recogida en el costado por un broche de pasamanería. Un canesú de tela rayada formando dos picos, adorna el cuerpo. Mangas huecas con puños ajustados. Falda de lana rayada, lisa por delante y fruncida por detrás. Tela necesaria: 3 metros de lana rayada y 8 de lana lisa.

Núm. 15. **Traje para niño.**—Forma marino. Chaqueta de paño azul, abotonada, con cuello marino de tela rayada azul y encarnado. Camiseta de la misma tela que el cuello. Pantalón corto. Medias rayadas, azul y encarnado. Gorro de paño azul, adornado con una tira de tela rayada.

Núm. 16. **Cuerpo fantasía.**—Es de *surah* rosa pálido, abierto sobre una camiseta de muselina blanca. Mangas de *surah* rosa, con hombreras de muselina blanca plegada. Lazos de cinta rosa adornan el cuerpo. Sombrero redondo, muy levantado por un lado con el ala forrada de muselina rosa y adornado con un grupo de florecitas blancas.



NÚM. 20.—TRAJE PARA NIÑA



NÚM. 21.—TRAJE PARA NIÑA (delantero.)



NÚM. 22.—CUERPO FANTASÍA

Números 17 y 21. **Traje para niña.** (Delantero y espalda.)—Es de paño muy ligero, blanco. Chaqueta muy larga cortada en onditas todo alrededor, y sujetas por detrás con un cinturón abotonado. Cuello vuelto bordado, de *soutache*. Mangas lisas. Falda plegada, adornada con *soutache*.

Núm. 18. **Traje para niña.**—Cuerpo-blusa con canesú plegado. Mangas huecas, con puños plegados. Faldita plegada, adornada con una puntilla en el borde. Cinturón anudado en el lado. Lacitos en los hombros.

Núm. 19. **Traje para niña.**—Cuerpo largo con solapas plegadas, abierto sobre un *plastrón* liso. Falda plegada. Cinturón de cuero con hebilla. Resulta un traje muy bonito.

Núm. 20. **Traje para niña.**—De *surah* azul. Cuerpo fruncido, abierto sobre un *plastrón* de encaje blanco. Manga corta. Gran cuello de encaje. Faldita lisa por delante y plegada por detrás. Cinturón de seda anudado en el lado.

Núm. 22. **Cuerpo fantasía.**—De lana gris, con caprichosas solapas bordadas de perlas. Los delanteros están sueltos sobre un fruncido de la misma tela, sujeto en la par-



NÚM. 15.—TRAJE PARA NIÑO

te superior con un canesú de terciopelo adornado con perlas, y en la parte inferior con un corselete de terciopelo. Mangas lisas con bordados de perlas. Sombrero Directorio de paja gris adornado con plumas.

LABORES

Núm. 2. **Cuadro de tapicería.**—Los colores van indicados por signos al pie del grabado.

Núm. 3. **Dibujos para bordados artísticos.**—Al pie de la página se encuentra la indicación de lo que representan.

Núm. 7. **Saco en forma de cabás.**—Este saco, que sirve para guardar las camisas de dormir, tiene 30 centímetros de ancho por 20 de alto, es de raso azul y se adorna con dos tiras transversales de terciopelo azul oscuro, bordadas con seda oro viejo. Las iniciales se bordan en la esquina opuesta. Un bonito encaje Valenciennes rodea el saco. El forro interior se compone de una tela fuerte y raso oro viejo. Una cinta de seda azul sirve para colgar el saco.

Núm. 10. **Cestillo para la labor.**—De junco dorado: la parte alta del cestillo la forman cuatro picos de cada lado. Uno de los picos de cada lado está adornado con una aplicación de terciopelo, en la que se borda un bonito ramo; el otro con un lazo formado con seda brochada. Un saquito de raso cerrado por cordones completa el cestillo. El asa está adornada con una cinta de seda y tres lazos de cinta.

LAVINIA

POR EMILIA CARLEN

(Continuación) (1).

V

Apenas contaba Lavinia diecisiete años cuando perdió a su madre, a quien amaba con delirio y a quien debía el poderoso desarrollo de las hermosas cualidades de su alma.

La pena que le causó su pérdida hirió profundamente su corazón afectuoso. Hacía ya mucho tiempo que su padre había muerto, y quedó sola con su hermano, a quien alejaban los estudios de su lado. La joven aceptó la invitación que una anciana tía suya le hizo con insistencia para que fuese a vivir en su compañía, segura de encontrar en aquella soledad la atmósfera que necesitaba su dolorido corazón.

Sólo de vez en cuando visitaban la casa de la buena señora Shoneberg algunas solteras como ella, a las que ofrecía una taza de té y un poquito de sabrosa murmuración, y algunos antiguos amigos que acudían a jugar con la dueña de la casa alguna partida de brisca ó de *ecarté*.

Fuera de estos personajes venerables y poco á propósito para ofrecer horizontes risueños, nadie penetraba en aquel recinto, que á cualquier joven en otra situación de espíritu habría parecido una cárcel ó un sepulcro.

No resolvió Lavinia sepultarse por falta de buenos amigos que se habrían complacido en admitirla como de su propia familia. Por otra parte, aunque no rica, poseía lo necesario para subvenir holgadamente á sus necesidades; y esto, unido á sus prendas personales, á su esmerada educación, era muy suficiente para que hubiera hallado, á la menor indicación, quien se hubiera considerado muy dichoso al unirse con ella.

En la vasta y bien provista casa que iba á habitar Lavinia, todo tenía un aspecto de vejez, de tristeza que helaba la sangre. Allí vegetaba la señora Shoneberg rodeada de sus favoritos, á saber: un vetusto papagayo, una anciana doméstica, un viejo gato y un perro de no menos respetable antigüedad.

En aquel museo de antigüedades sólo Lavinia representaba la juventud; y su excelente tía, deseando proporcionarle distracciones análogas á las que hacían sus delicias, apenas se instaló á su lado se apresuró á regalarle un precioso y diminuto perro de lanas blancas y rizadas, una pareja de canarios y dos hermosos peces encarnados. La buena señora pensaba que con

estos animados accesorios no era posible que se aburriera.

Lavinia agradeció estas muestras de aprecio, y convirtiéndose en su apasionado corazón la gratitud en acendrado y vehemente cariño, desde el primer día consagró á la anciana un verdadero afecto. Pero las ocupaciones que le había proporcionado para distraer sus penas llenaban breves instantes, y el tiempo pasaba para ella con mortal lentitud. Por profundo que sea el dolor, no absorbe por completo la existencia de un alma y deja espacio al aburrimiento para que la mortifique y consuma.

—Mucho temo que te parezca largo el tiempo, le decía indefectiblemente la anciana todas las noches cuando, al partir sus contertulios, veía á su sobrina ensimismada.

—Quizás tiene usted razón, le dijo un día. Comprendo que será necesario que frecuente el trato de algunas jóvenes de mi edad.

—Cuando te plazca, hija mía. Eres dueña absoluta de tu voluntad. Invita á las que quieras; recíbelas en tus habitaciones, fórmate un círculo en el que vivas agradablemente: lo único que os pediré es que hagáis poco ruido. Las carcajadas, los cánticos y el barullo son mis más mortales enemigos.

A pesar de que las restricciones del permiso que la buena señora otorgaba no eran las más á propósito para que Lavinia realizara su designio, procuró captarse la amistad de algunas jóvenes. ¿Qué aliciente ofrece una sociedad de señoritas solas? Las que formaron la pequeña tertulia de Lavinia no tardaron en desertar, y volvió á quedar sumida en la soledad.

—Es necesario que yo me libre del tedio que se apodera de mí, pensó la joven. Conozco que ejercería una funesta influencia en mi vida si le dejase echar raíces. Cuando la tristeza se cambia en fastidio, pierde su carácter puro y elevado. El dolor es un sentimiento demasiado noble para dejarle que se transforme en esa languidez ociosa que anula y extingue las mejores fuerzas del alma.

Iba á confiar á su tía los temores que la asaltaban y su resolución de buscar distracción á su aburrimiento, cuando la sorprendió la buena señora al decirle que había decidido pasar algunas semanas en un balneario de los más frecuentados.

Ocho días después, partía con Lavinia y sus favoritos.

Hacía muchos años que la anciana no había abandonado su casa; pero comprendiendo la situación de ánimo de su sobrina, hizo por ella el sacrificio de dejar sus cuatro paredes.

Quería proporcionarle distracciones, y lo consiguió á las mil maravillas.

Por la primera vez gozó Lavinia del privilegio que su belleza le otorgaba. Donde quiera que se presentaba excitaba la más viva admiración, y se veía rodeada de atenciones y homenajes. No le faltaron pretendientes, á los que rechazó, porque en medio de las muchas ventajas que estos partidos le ofrecían, no hallaba la única que deseaba: un corazón capaz de comprender y de estimar el suyo en lo que valía.

—He hecho por mi sobrina todo cuanto el deber exige de una tía, decía la señora Shoneberg á sus contertulios al estar de regreso; pero veo que es imposible satisfacer sus aspiraciones. Por mi parte, he cumplido. Ahora, que suceda lo que Dios quiera. Que se case ó se quede para vestir imágenes. Por mi parte, me lavo las manos y declaro que no volveré á hacer sacrificios como el que me he impuesto al dejar mi casita y emprender un viaje.

Lavinia no aceptó, en efecto, ninguno de los partidos que se le presentaron; pero al volver al antiguo caserón no recuperó los usos y costumbres que formaban su diaria existencia antes de la expedición. Había adquirido sobre la señora Shoneberg una influencia que no empleaba más que con cariñoso respeto, pero que le permitía gozar de una gran libertad y dar satisfacción á sus gustos y á las aspiraciones de su alma. Frecuentaba los saraos y logró que su tía abriese alguna que otra vez sus salones á la buena sociedad, animándose poco á poco, como decía la gente, el panteón de los Shoneberg.

Nuevos aspirantes á la mano de la joven presenta-

ron su demanda, animados, al mismo tiempo que por las cualidades de Lavinia, por la esperanza de que sería heredera de la fortuna no despreciable de su tía; pero las nuevas pretensiones se estrellaron en la formal resolución de no casarse, que al parecer había tomado la joven.

Así estaban las cosas, cuando un día el médico que visitaba con frecuencia á la anciana, agradecido á los espléndidos honorarios con que pagaba sus visitas, le refería cuanto pasaba en la ciudad y en los alrededores, contó que se esperaba de un momento á otro la llegada de un joven barón gravemente enfermo.

—El médico que le asiste, uno de mis mejores amigos, le ha recomendado que venga á esta población que es tan sana, á respirar un aire puro, á restaurar sus fuerzas, y le encomienda á mi cuidado. Apoyado por esta recomendación, tan poderosa para mí, el mismo enfermo me ha escrito rogándome que le busque un hospedaje tranquilo, retirado y confortable, donde pueda vivir en paz para atender á su quebrantada salud y realizar los caprichos de su espíritu misántropo.

—No faltarán familias que se complazcan en hospedarle, dijo la señora Shoneberg, muy ajena de pensar que lo que el doctor se proponía era lograr que admitiese como huésped á su recomendado.

—Con efecto, repuso el médico, no le faltarán proporciones; pero no todas las familias á quienes usted alude sabrán ofrecerle las comodidades y el esmerado trato que necesita en su aflictivo estado. Si he de decir á usted lo que pienso, creo firmemente que en ninguna parte podría encontrar mejor que en casa de usted, el silencioso retiro que exige su situación. Esto ofrecería á usted, que es tan buena, una ocasión de ejercitar sus sentimientos caritativos. No le daría á usted que hacer, nada de eso. Él y su criado vivirían en esta casa como dos sombras. Por otra parte, el pabellón de la derecha está tan apartado del cuerpo del edificio, que, sin riesgo de ser molestada, podría usted, hospedando en él á mi enfermo, hacer buena obra.

—Opino como usted, dijo la anciana, que se mostraba siempre afectuosa y condescendiente con el médico. Jamás he tenido huéspedes, pero ya que usted juzga que mi casa es la que más conviene á ese pobre joven, procuraremos, sin molestarnos recíprocamente, prestarle los servicios que necesita.

—Muchas gracias, señora, exclamó el médico satisfecho del éxito que había alcanzado; no esperaba yo menos de su buen corazón de usted. Nada, nada, es asunto concluido.

Quince días después, un joven pálido y demacrado llegaba á la silenciosa casa de la señora Shoneberg, sin que su presencia alterase la calma y el orden que de ordinario allí reinaban. El enfermo parecía, en efecto, una sombra, como había indicado el doctor: en la primera semana ni salió de su aposento, ni apenas se notó su presencia.

Una tarde, cuando, después de haber tomado el café, se entretenía la dueña de la casa en jugar su partida de brisca, la sorprendió un mensaje del barón que preguntaba si tendría á bien recibirle.

Su petición fué contestada satisfactoriamente, y algunos minutos después el huésped penetraba en el salón.

Sus facciones, correctas y de gran distinción, expresaban profunda melancolía. Su actitud, que revelaba una discreción elegante, parecía estar dominada por el infantil temor de molestar, y explicó con circunspección y gracejo que su deseo de soledad y recogimiento procedía, más que del estado de su salud que, aunque quebrantada, no le obligaba á vivir en completa reclusión, de la necesidad de libertad que sentía su espíritu, libertad para elegir sus relaciones.

Después de una corta visita, pasó algún tiempo sin volver á presentarse. Luego, con la más perfecta regularidad, visitó á la señora Shoneberg y á su sobrina tres veces por semana, y acabó por visitarlas diariamente.

A las tres de la tarde era segura su aparición. Lavinia y su tía comenzaron por aguardarle, después le esperaban y no podían menos de sonreírse cuando, segundos antes de las tres, las dos dirigían sus miradas al reloj de la chimenea.

El barón no salía nunca de noche. Lavinia no le ha-

(1) Véanse los números anteriores.

llaba en ninguno de los salones que solía frecuentar, pero le veía todas las tardes, y un instante por la mañana, cuando el joven salía de sus habitaciones para montar a caballo y dar el paseo diario que le había prescrito el médico.

Los consejos del doctor, o el aire puro que se respiraba en la ciudad, o quizás algún otro remedio más eficaz, habían transformado al barón, mejorando su salud de tal manera, que podía visitar a sus vecinas, no sólo por las tardes, sino también por las mañanas. Pero como la buena señora Shoneberg, a pesar del cariño que le inspiraba su huésped, no podía sacrificarse a perder la costumbre que tenía de no dejar el lecho hasta muy cerca del medio día, Lavinia y el barón hallaron frecuentes ocasiones de verse y conversar a solas.

Como las relaciones amorosas de Lavinia y de Luis no son para los lectores un secreto, no es necesario referir de qué manera y por qué gradación fué formándose aquel lazo. El barón era joven, pero no primerizo en achaques amorosos. Su corazón se inflamaba fácilmente, y la belleza le inspiraba con rapidez vehementes deseos. Su aspecto, su elegancia, su discreción y hasta su estado enfermizo contribuían a hacerle irresistible, sobre todo tratándose de una joven como Lavinia, que aún no había experimentado esa emoción que señala en la vida de la mujer el momento más solemne y más transcendental.

A pesar de su inexperiencia, no eran las condiciones de carácter de Lavinia las más a propósito para trastornar su corazón, y procuró calmar en su alma la tempestad de la pasión primera para no sufrir las consecuencias de la imprevisión y el abandono. Pero el lenguaje de Luis era tan persuasivo, había tal seducción en su palabra, en su mirada, que no sin gran esfuerzo podía sobreponerse la joven a la alucinación de que era objeto.

Al fin no pudo menos de confesarle que correspondía a su afecto, que le amaba con la fuerza de que era capaz su gran corazón, dispuesto a ser esclavo de un amor digno del que podía sentir y ofrecer.

Sus relaciones fueron conocidas, y, según la costumbre del país, dejaron de ser amigos para ser prometidos.

(Se continuará.)

LAS SILBADORAS

Hasta ahora se consideraban los silbidos como una expresión del salvajismo, y se formaba mal concepto de la educación de un caballero que silbaba.

De aquí, sin duda, el epíteto depresivo de *silbante*, adjudicado por las mujeres de rompe y rasga a los pollos melifluidos que al andar por la calle van silbando algún aire popu'ar.

¿Silbar una mujer? Eso nunca se ha oído en España entre personas cultas; y la que en lo más íntimo del hogar se ha permitido esta expansión, ha sido, *ipso facto*, calificada de marimacho.

Hoy... ¡quién lo hubiera sospechado! constituye el silbido una habilidad que despierta entusiasta admiración y produce mucho dinero.

No es broma: en los Estados Unidos ha comenzado a cultivarse el arte de silbar. La facultad de producir el silbido, de recorrer con él la escala de sonidos que recorre la voz, de modular, de gorjear, de trinar, se ha cultivado y desarrollado en la excéntrica y estrambótica América del Norte, hasta el punto de que hoy ni la Patti puede competir con la famosa Alicia Shaw, la gran silbadora, que después de arrebatarse a los *yankees* y de hacer una fortuna respetable, se propone ofrecer una muestra de su raro talento a los parisien-ses, y recorrer después la Europa entera silbando arias, romanzas, vales, fantasías, *scherzos* y todo género de música.

París, que idolatra la novedad, acogerá, sin duda, con delirio a la silbadora americana; los empresarios se arrebatarán a la *diva* de nuevo género, y el día menos pensado aparece en Madrid y en las principales ciudades de España silbándonos el aria de las Joyas del Fausto, la marcha del Tannhauser o la Pobre chica de La Gran Vía.

Los periódicos de París dedican artículos y sueltos a la *virtuosa*, a quien esperan con ansia, sin duda para que los silbidos, símbolos hasta ahora de desaprobación, regalen sus oídos en vez de mortificarlos. Algunos periodistas han ido a Nueva York a visitar a la silbadora, a enterarse de todos esos pormenores que saborea el público en los periódicos cuando se los sirven con la picante salsa de la indiscreción; a escudriñar su vida y milagros, porque no hay duda, en medio

de aquella sociedad gastada, convertir el silbido en un espectáculo, es un manjar apetitoso que se apresurarán a gustar con delicia los estómagos aburridos.

Gracias a esta actividad de los órganos de la publicidad, sabemos que Alicia Shaw es una mujer de unos veintiocho a treinta años, con la que ha sido pródiga la naturaleza; sabemos que silba romanzas sentimentales y aires de bravura, acompañada por el piano; sabemos que su maestra fué otra célebre silbadora, miss Kate Sanborn, porque parece que el silbido artístico no es una novedad en los Estados Unidos; sabemos que la artista toma muy en serio su habilidad y que ha aprendido a silbar por principios, como el cantante el canto; sabemos, por fin, que se manifestó en ella la habilidad que tanto la enaltece, a la muerte de su esposo, a quien adoraba.

Con efecto, sin duda para consolarse se dedicó a silbar; la oyeron, la admiraron, el profesor Billi, otro gran silbador, le dijo:

—Hija mía, tiene usted en la garganta un pito que es una fortuna. Con él puede ir adonde quiera, segura de alcanzar las más entusiastas ovaciones.

No han perdonado los detalles los que la dan a conocer a Europa.

—Antes de presentarse a silbar en los salones o en los teatros come opíparamente, nos han dicho, y cuando se retira a su casa vuelve a comer con gran apetito.

Los desgastados pueden dedicarse a silbar. El silbido es, por lo visto, un aperitivo, algo así como un pepinillo en vinagre.

Esta artista tiene una ventaja sobre los demás. ¿Quién se atreve a silbarla después de oírla?

Los autores que no aciertan, están de enhorabuena. Dentro de poco los silbidos no serán más que himnos y cantatas.

La verdad es que lo que hoy pasa en todas partes, y sobre todo en la esfera de los que a fuerza de buscar emociones con que divertirse están estragados, merecen silbidos.

LA ÚLTIMA MODA no podrá dejar a sus lectoras en la ignorancia de esta novedad, llamada a reemplazar en la atención pública a las Sarah Bernhardt, los Coquelin, las Patti, los Billy-Hayden y demás celebridades contemporáneas.

Dentro de un año silbaremos todos.

En último resultado, mejor es esto que trinar.

El porvenir es de los silbantes.

MARIO LARA.

LAS MUJERES Y LAS FLORES

Estamos en el mes de Mayo: nada de más actualidad que hablar de las mujeres y las flores.

Un poeta árabe ha dicho: «Las flores y las mujeres son hermanas.»

—¡Pueril adulación! contestó un filósofo gruñón y bilioso.

Si hubiera yo vivido en su tiempo, hubiera dicho al sabio:

—Reflexione usted un poco, y quizás acabará por opinar como el poeta.

¡La flor! ¡La mujer! ¿No poseen la misma gracia, el mismo encanto, la misma seducción?

Pero el filósofo empedernido a quien he aludido antes, anticipándose a mi pregunta, contestó:

—Es verdad: la flor y la mujer son hermanas... Todos los defectos de la mujer se encuentran en la flor. De ahí su gran parecido.

Era cosa de haberle condenado a vivir entre flores y mujeres, pero como un ser invisible y fantástico, para que hubiera aprendido a juzgar mejor a la hermosa mitad del género humano y a la más hermosa sonrisa de la Naturaleza.

Cierto es que hay flores coquetas... No lo niego. También las hay presumidas, pretenciosas; pero en cambio las hay en abundancia tan buenas, tan dulces...

Las flores malas, como las mujeres malas, son la excepción de la regla.

Aquellas que orgullosas abren su pétalo a los rayos del sol y brillan y fascinan, suelen ser, ya lo sé, las que más llaman la atención. Pero en el pecado llevan la penitencia los que se pagan de ese brillo, que es como el fuego fatuo de la leyenda.

En cambio, pocos son los que se tienen a contemplar esas infinitas florecillas que, temerosas del vendaval y de los ardientes rayos del sol, permanecen como retiradas, ocultándose en su propia modestia. La más insignificante, examinándola bien, es una maravilla. Su perfume no embriaga, no irrita como el de las otras flores; pero tampoco envenena y mata. Es necesario permanecer mucho tiempo a su lado, vencerlas de que se las ha comprendido, de que se las estima en lo que valen, para que exhalen el suave aroma que guardan en su seno como un secreto de felicidad.

Y luego hay también las flores útiles, las que alivian al enfermo, las que contribuyen a proporcionar remedios eficaces.

El poeta dijo la verdad, porque, en último resultado,

ellos son los únicos que la dicen cuando sienten y expresan lo que ha sentido su alma.

Entre las flores hay las mismas diferencias que entre las mujeres. Las que sólo adornan, las que encantan con su belleza, pero sin exhalar perfume, sin servir más que para fascinar y helar la mano de quien las toca; las que representan la abnegación y la constancia; las que siguen fieles la carrera del sol, su dulce amado; las que esmaltan el prado, convidando con su púdica hermosura, sus mil variadas y bellas formas y sus suaves perfumes a esos dulces, suaves y sencillos goces de la familia, de la virtud, de la intimidad; las que ofrecen consuelo a la tristeza, alivio al que sufre.

Contemplando a las mujeres no hay más remedio que pensar en las flores, del mismo modo que ante las flores no hay más remedio que recordar a las mujeres.

Unas y otras son fuente eterna de la belleza ideal.

Su misión es consolar y curar las penas.

Hay flores que, precursoras del fruto, retratan a la madre. Las hay que despiertan en nuestra alma la esperanza como la hermosa joven de quince años que en medio de los desengaños de la vida se nos presenta como promesa celestial, como ángel de la guarda que ha de guiarnos hasta el bien. Las hay que nos recuerdan a las santas hermanas de la caridad. Las hay que se asemejan a esas mujeres hacendosas, caseras, que conservan y aumentan el patrimonio. Hay, por fin, los capullos que evocan en nosotros las dulzuras del sentimiento que inspiran los hijos.

Un estudio, botánico y psicológico a la vez, demostraría que el poeta no aduló, y que el filósofo no sabía lo que se pescaba.

Lo que sucede es que muchas veces la hermosa flor cae en manos despiadadas que transforman su encanto en residuos despreciables, y, arrancando sus hojas, le dejan sólo las espinas.

Toda mujer tiene en el fondo de su alma una flor. La gran cuestión es encontrarla y cultivarla, para que alegre la vida y embalsame el aire que respiramos.

Los que no la hallan... no son dignos de conocer el secreto de la verdadera felicidad.

DANIEL GARCÍA

ECOS DE LA NOVELA DE LA VIDA

¿Será Mayo capaz de perder su reputación?

No lo creo. Antes por el contrario, abrigo la esperanza de que condensará la Primavera con todos sus encantos en los treinta y un días de su vida.

El nos ofrecerá esos días de tibio ambiente, de perfumadas auras, de cariñosas brisas, de diáfanos celajes; él abrirá las flores que han permanecido indecisas, medrosas, como temiendo que las abrasen las heladas o las deshoje el vendaval; él adornará el campo, poblará los paseos, permitirá a las bellas trocar el traje oscuro del mal tiempo por las telas frescas y claras, los abrigos por las flexibles manteletas enajadas de bordados, y, lo que es más, consentirá que los cuerpos bonitos se basten a sí solos para mostrar el correcto dibujo de la naturaleza cuando quiere lucirse.

Después vendrán esas alegres jiras campestres, esos paseos matutinos al Parque de Madrid, esas aristocráticas y elegantes fiestas hípias que poco a poco van ganando terreno. La romería de San Isidro pondrá en movimiento a todas las clases sociales. Madrid se poblará de forasteros, y luego las dos grandes festividades: ¡la Ascensión y el Corpus! ¡Cuánta ocasión de abandonar el nido para volar y hacer que el sol esmalte las tiernas alas que se extienden! ¡Cuánta ocasión de ver caras amigas, de estrechar manos que expresan afectuosos sentimientos del alma!

El mes de Mayo es, en todos conceptos, el más agradable, el más encantador, el más expansivo de los que forman el año.

Es el mes de las flores.

Es, además, el mes de María.

María, la sublime personificación de todas las virtudes, de todas las bellezas de la mujer.

¡Qué bien se explica y se comprende ese acendrado amor que hacia la Reina de los Angeles sienten las mujeres... y, confesémoslo, también los hombres!

¡Qué hermosa y bienhechora religión la que nos brinda, en la adorable imagen de la Virgen, todas las esperanzas y todos los consuelos que necesita nuestro corazón para cruzar el valle de lágrimas de la vida! ¿Quién en sus aflicciones no halla alivio con sólo recordar a la Madre de los afligidos?

¡Qué espectáculo tan hermoso y tan conmovedor nos proporcionaría quien pudiera mostrarnos en un solo y vasto cuadro los infinitos grupos que todas estas tardes forman las hijas de María, en todos los templos del mundo católico!

En las suntuosas catedrales, en las modestas iglesias, y hasta en las pobres capillas, damas lujosamente ataviadas, señoras de mediana posición, aldeanas humildes, todas acuden a postrarse ante la imagen de la Virgen, a rezar, a adorarla, a darle gracias por los beneficios recibidos, a pedirle nuevos favores, por los seres queridos, por las necesidades del espíritu.

Y en todas partes, el altar lleno de flores; en todas

partes el mismo fervor, el mismo amor purísimo, las mismas plegarias y los mismos cánticos acompañados por el sonoro órgano ó el dulce armonium. Parece que para estas fiestas vespertinas del mes de Mayo bajan los ángeles del cielo, toman la forma de las adorables jóvenes que entonan los himnos y nos ofrecen en la tierra esos coros de querubines que á todas horas entonan en el cielo las alabanzas de su Reina.

Emociones son éstas que fortalecen la fe, que avivan el amor, que resucitan las muertas esperanzas, y disponen el alma á la caridad en todas sus manifestaciones.

¡Bendito el mes de Mayo, en el que todo se reúne para embellecer la vida, flores en el campo, sentimientos angélicos en el alma, horizontes risueños en el cielo!

¡Con qué placer se va de paseo después de haber pasado por el templo y haber dicho á la Virgen los secretos más íntimos! ¡Con qué gusto se ven los amigos en esos sitios de reunión que la moda y la elegancia señalan como punto de cita!

No sólo los afortunados disfrutan en esta época del año. Los pobres pueden permitirse el lujo de pasar el domingo en el campo, de merendar sobre la hierba, de volver á casa con un ramo de flores.

El sol alumbra para todos, el campo sonríe á todos, y muchas veces la misera peseta despilfarrada por el jornalero para dar un día de júbilo y de ensanche á su entumecida familia, es más fecunda en goces que el billete de Banco de mil pesetas.

He hablado antes de las carreras de caballos. Para mí no son más que los toros bien educados. En las primeras de la temporada hubo un jokey desencadenado. Comprendo que es un espectáculo deslumbrador el que ofrecen las damas con sus elegantísimos y vistosos trajes, los magníficos carruajes, las ostentosas libreas de los cocheros y las empolvadas pelucas de los postillones á la Dumont.

En esta fiesta el desfile es verdaderamente un espectáculo interesante y magnífico.

La ida á los toros y la vuelta de las carreras son dos cuadros de una animación magnífica. Al contemplarlos, nada más natural que suponer que vive uno en una población feliz, rica, grandiosa.

Desde la Puerta del Sol hasta el circo taurino es un río de oro que corre los domingos por la tarde: desde el Hipódromo á la Cibeles es un torrente de brillantes, de sedas, de flores y de plumas, lo que aparece á los ojos de los espectadores al concluir las carreras. Nadamos en oro y brillantes alguna que otra vez.

El reverso de esta medalla es demasiado triste, y hoy no quiero en mis *Ecos* más que notas alegres.

Por ejemplo, ésta:

Marido y mujer hablaban de una reciente boda, en presencia de su hijo, niño zangolotino de doce á catorce años, que pasa por muy listo y es nada menos que bachiller.

—¡Qué precioso traje llevaba la novia! decía la mamá.

—Mucho mejor era el que tú luciste el día en que nos casamos, contestó el papá.

—¡Calle! ¿Mamá se vistió de blanco como esa joven de quien hablan ustedes? preguntó el mozalbete.

—Sí por cierto.

—¡Cuánto me habría gustado verla! ¿Por qué no la vi yo?

—Pero, muchacho, ¿estás en Babia?

—¡Ah! ¡Ya caigo!... Sería un día de labor, y yo estaría en el colegio.

JUAN DE MADRID.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Magnolia Mensajera.—Ya habrá usted visto en el número anterior que se recibió su carta.

J. S.—Será usted complacida.

Flor de azahar.—El día 5 se enviaron á usted los tres ejemplares de *El Juguetito nuevo*. Recibidas las 3,50 pesetas.

ALBUMS DE DIBUJOS Y ABECEDARIOS para bordados, por D. Manuel Salvi.—Albums de cuatro ó cinco abecedarios para pañuelos, á 0,75 y á 1,50 pesetas, y de un abecedario, á 35 céntimos.—Albums de abecedario para marcar sábanas, á 2 y 3 pesetas; con el mismo dibujo para almohada, á 1,50 uno.—Albums de letras para mantel y servilletas, á 1,50 y una peseta.—Albums de letras calzadas. Cada uno contiene 48 enlazes, y en cada cuaderno hay combinaciones con una letra del alfabeto. Precio del cuaderno: una peseta. Pídanse á la Administración de LA ÚLTIMA MODA, Serrano, 88, segundo, Madrid. Si el envío ha de certificarse, remítanse 50 céntimos de peseta para el certificado.

CABELLERA IDEAL POR MEDIO DE LA Quinta esencia de Heané, que da á los cabellos los bellos tonos venecianos tan admirados, desde el más poético rubio hasta el negro más puro. Empleo fácil. Resultado inmediato y seguro. La caja, con la instrucción oportuna, 7 pesetas. J. Verecke, rue Lafayette 53 París.

Felisa.—Hay, en efecto, varias Sociedades de Seguros sobre la vida; pero si he de decir á usted la verdad, no puedo decir gran cosa, ni sobre su organización ni sobre las garantías que ofrecen. Comprendo, como usted indica, que el asunto es digno de estudio, y el director encargará á persona competente que complazca á usted y á las que participen de sus deseos.

Una violeta.—Sí, señora; puede usted arreglar el sombrero de que me habla forrándolo de encaje negro. Quedará muy bien. La próxima *Conferencia del Doctor* enterará á usted minuciosamente sobre lo que sea saber.—El sombrero marino es sin duda el que mejor sienta á los niños. Cuando son pequeños, los de paja blanca con cinta blanca ó azul marino, son los más á propósito.—Gracias por sus lisonjeras frases. Transmíto á Blanca Valmont lo que usted y otras muchas suscriptoras me dicen para ella. Quedará satisfecha y reconocida.

Angelita, Madrid.—Fácilmente podrá usted formarse una idea de las telas más en boga visitando la Exposición de las últimas novedades que ha traído de París la reputada modista madrileña María Guerrero, calle del Arenal, núm. 22. En el vasto local del piso entresuelo pueden verse, no sólo las telas, sino los trajes, visitas, manteletas, batas, cubrepolvos, sombreros, etc., de última moda, que forman un verdadero y notable museo de preciosos modelos. La entrada es libre.

Siempre viva.—No la complazco á usted diciéndola cuál es el mejor libro de notar cartas de cuantos se han publicado, porque yo creo que no deben los sentimientos amoldarse á las fórmulas trazadas. No: se escribe mejor ó peor lo que se siente, lo que se quiere decir. Pruebe usted, y verá que no necesita lo que por modestia desea.

M. del R. F.—El perfume de violeta es el que este año está más en boga en París. Sí, hay una gran afición á las flores; y en España, donde las hay tan preciosas, el mejor adorno para una joven será una rosa ó un clavel.

F. R. Marín.—El encaje es adorno, predilecto. Vea usted los modelos que publicamos, tanto para formarse idea del modo de emplearlos, como para ver las formas de las draperías.

LA SECRETARIA

CONSEJOS PRÁCTICOS

PARA BAJARSE DEL TRANVÍA

Casi todas las señoras, al apearse, se apoyan en la balustrada que cierra la plataforma del coche, en vez de cogerse de las agarraderas de hierro que hay en los ángulos de la caja del carruaje. De aquí que si el conductor da la señal de partir antes de que haya pisado el suelo la que se apea, se caiga y se lastime. En este caso, las señoras debían imitar á los caballeros. No hay peligro si al llegar á la plataforma se vuelven en dirección al mayoral, y apoyándose en las agarraderas indicadas, se apean dando el paso hacia atrás. Aunque el coche se ponga en movimiento antes de que hayan bajado, no les ocurrirá nada. De lo contrario, es inevitable la caída. Así, pues, si se bajan por la derecha, deben al llegar á la plataforma, dar media vuelta á la derecha, y con la mano derecha apoyarse en la agarradera en aquel lado, y viceversa si se bajan por la izquierda.

También deben tener cuidado de apearse, cuando hay dos vías, por el lado en que no hay rails á fin de evitar el encuentro con un coche que avance en sentido contrario, pues la distancia en algunos sitios es estrecha y pueden ocurrir desventuras.

PATRONES

La Administración proporcionará á las señoras suscritoras los patrones de los modelos que publique LA ÚLTIMA MODA. Al efecto enviarán con el pedido las medidas siguientes:

Largo de delante, desde el escote á la cintura.

Largo de la espalda, desde el cuello á la cintura.

Contorno del cuerpo á la altura del pecho.

Cintura.

Ancho de la espalda.
Largo desde el sobaco á la cintura.
Largo de la manga.
Contorno de las caderas.
Largo de la falda.

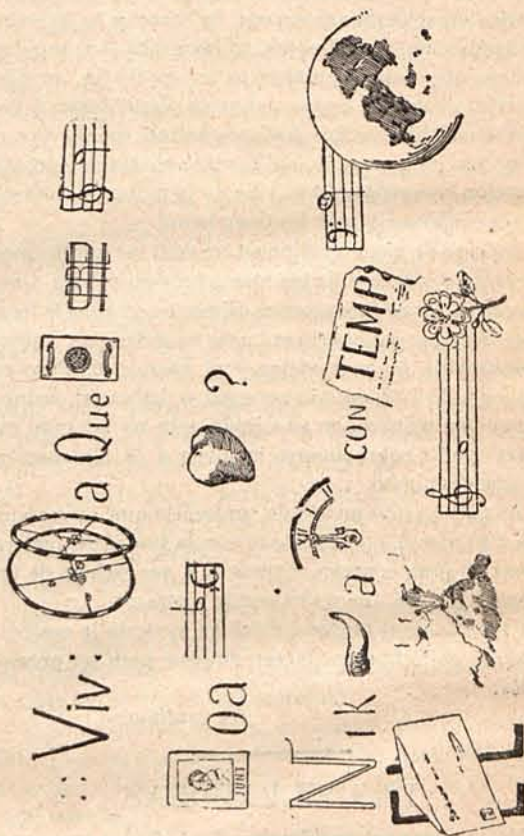
TARIFA DE PRECIOS

PARA SEÑORAS

	Peseta.
Vestido completo.....	3,00
Túnica.....	2,00
Falda sola.....	1,25
Cuerpo sencillo.....	1,25
Cuerpo complicado.....	2,00
Manteleta <i>fichú</i> ó esclavina.....	1,50
Rotonda larga.....	1,50
Traje de novia, según el figurín.....	»
Chambra.....	1,25
Pantalón.....	1,25

PASATIEMPO

JEROGLÍFICO



(La solución en el número 20.)

La Última Moda.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	REVISTA SEMANAL	
	Directa.	Por comisionado.
En la Península...	Tres meses.....	3 pesetas.
	Seis meses.....	5,50 pesetas.
	Un año.....	7 " "
En Portugal.....	Seis meses.....	12 " "
	Un año.....	14 " "
Cuba y Puerto Rico.....	Seis meses.....	1.200 reis.
	Un año.....	1.500 reis.
Filipinas.....	Seis meses.....	2.400 " "
	Un año.....	3.000 " "
En los Estados hispano-americanos fijan el precio los correspondientes.	Seis meses.....	2 pesos.
	Un año.....	3,000 " "
	Un año.....	6 " "

Repartido el periódico á domicilio por los **Centros de suscripciones**: cada número, 25 céntimos.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



CREPÉ MIKADO

Sin duda han notado ustedes que algunas de sus amigas se peinan con la corrección que acusan las cabezas que reproducimos. La causa de esa perfección consiste en que usan el *crepé mikado*, aparato sencillo que sólo pesa 15 gramos, ahueca los cabellos, impide que se humedezcan con la transpiración y da al peinado la forma artística que exige la belleza. El modelo que publicamos, se coloca en línea vertical detrás para formar el retorcido, ó delante en línea horizontal para formar la onda que tan bien sienta bajo las capotas y en los peinados de baile y recepción. Las suscriptoras de *La Última Moda* pueden adquirirlo: en Madrid, en nuestra Administración, por una peseta cincuenta céntimos, y en provincias, franco de porte y certificado, por dos.



PERFUMERÍA DE CANDOR. RUE FONTAINE-AU-ROY, 60, PARIS. Félix Manent Los polvos de Candor, para el cutis, que está a redatadísima perfumería expende, son los mejores que se conocen. Los hay blancos, rosa y Rachel. Precio de la caja, 4 pesetas.

La Administración de LA ÚLTIMA MODA puede servir á las suscriptoras los pedidos que quieran hacerle.

LA COCINA MODERNA PERFECCIONADA. Tratado completo de cocina, pa telería y botillería.—Contiene gran número de recetas de ejecución fácil y segura; descripción detallada de todos los útiles de cocina y del servicio completo de la mesa; arte de trinchar, y todo cuanto se refiere á la grande y á la pequeña cocina española, extranjera y americana.—Economía doméstica.—Floricultura de ventanas y balcones.

Obra ilustrada con numerosos grabados intercalados en el texto. Forma un abultado volumen de más de 500 páginas.—La Administración de LA ÚLTIMA MODA le remite certificado á provincias, al precio de 3,50 pesetas.